

Anne
Weber

ANNETTE, UNA EPOPEYA

Traducido del alemán por Belén Santana

Título original: *Amette, ein Heldinnenepos*



La edición de esta obra se ha realizado con una subvención del Goethe-Institut.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagieren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Matthes & Seitz Berlin Verlag, Berlin 2020.

All rights reserved by Matthes & Seitz Berlin Verlagsgesellschaft mbH.

© de la traducción: Belén Santana López, 2021

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.) Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-484-6

Depósito legal: M. 21.609-2021

Printed in Spain

Anne Beaumanoir es uno de sus nombres.
Existe, sí, existe en un lugar distinto de
estas páginas, llamado Dieulefit, que significa
Dios-lo-hizo, situado al sur de Francia.
Ella no cree en Dios, pero Él en ella sí.
Y si Él acaso existe, a ella así la hizo.

Ella es muy mayor, pero quiere el relato
que a la vez no haya nacido. Hoy,
a sus noventa y cinco años, viene
al mundo en esta hoja en blanco,
a un vacío impenetrable al que lanza
miradas de topo, largas y redondas, que
poco a poco se llena de formas y colores,
de padre madre cielo tierra agua.
Cielo y tierra permanecen ante sus ojos,
pero el agua viene y va, fluye con fuerza
hacia el lecho seco del río Arguenon, donde
dos veces al día endereza las barcas que llevan
horas sobre el costado. Dos veces al día
regresa al mar, al Canal de la Mancha,
como aquí lo llaman, o solo La Manche, «La
Manga», aunque no es un canal ni una manga,

nada hueco, pues, un brazo más bien: un brazo de agua que el Atlántico extiende hasta el mar del Norte. Suavemente se acuestan de nuevo las barcas, sobre el vientre.

En el cosmos del cuarto, aún deshabitado, flotan cuatro y a veces hasta seis ojos o astros brillantes. Como en la cámara oscura, cuando los contornos emergen lentos de la nada, comienzan a dibujarse rostros alrededor de los astros. Madre. Abuela. Padre. La niña, llamada Anne, aunque todos le dicen Annette (pronúnciese «anet»), pone esos planetas en órbita.

De Annette está Anne (la actual), a sus años, el doble de lejos de lo que su abuela estaba entonces, pero en algún lugar asombrosamente lejano y cercano esa niña sigue existiendo. Es una con ella, no está consumida ni muerta, duerme, sigue estando ahí.

Nace Annette en un callejón sin salida, y no solo en sentido figurado, como todos nosotros. La casa de la abuela cierra una hilera de humildes casitas de pescadores, que termina allí donde el río empieza. Cada casita tiene una estancia inferior común y a izquierda y derecha un cuarto bajo el tejado. «La casa de la abuela» no quiere decir que sea propia. Vive de alquiler. El alojamiento es miserable, y por eso la renta es

igualmente baja, pero lo escaso sigue
siendo mucho para ella, que pronto enviudó
y ha criado a sus hijos con lo que saca
de la *pêche à pied* o pesca sin barca.
Día tras día, con la marea baja, se pone en marcha
y rebusca sin cesar entre la arena mojada todo tipo
de bichos marinos: almejas blancas, cangrejos verdes,
almejas babosas, bocinas de mar, que carga
a la espalda en una cesta y lleva a muchos pueblos
de los alrededores —Saint-Éniguet,
La Ville Gicquel, Le Tertre, Notre-Dame-du-Guildo
o Le Bouillon— para venderlos.

La madre de su madre nació en el siglo XIX
en Bretaña, que es casi como
decir dos siglos más atrás; era una
de tantos hijos de campesinos desvalidos,
incapaces de alimentar a su prole, por lo que,
uno tras otro, los daban en servidumbre a los ricos.
La vaquerita es muy pobre. Durante mucho tiempo
—¡qué impresión para su nieta menor!—
no lleva bragas. No tenía. Dormía sobre la paja. El
sueldo anual eran un par de zuecos nuevos y, cada
dos años, además, bien una capa y un par
de medias o bien una falda y una chaqueta, lo cual
no era ningún lujo, porque ella aún no había
dejado de crecer. Nunca fue a la escuela. *Illettré*
se dice cuando una o uno de sus semejantes
no es ducho en lectura ni en escritura.
A los cincuenta años por vez primera —Annette
tendrá unos siete—, advierte que su madre
nunca le dio un beso, y ella, que jamás
antes se había quejado, rompe a llorar. Así,

sentadas juntas, abuela y nieta
se besan y se besan y se besan
y lloran. De su padre solo recuerda
lo tosco que era. A sus hermanos, niños y
niñas siervos, como ella, jamás los nombra,
puede que estén muertos, que hayan desaparecido
o que vivan por allí cerca. Annette
quiere con locura a esa abuela, que
rica es no por sus bienes y culta
no por sus lecturas.

Como todos nosotros, tiene
otra más. A esa no la quiere tanto.
Es la madre de su padre, una Beaumanoir,
que significa «hermosa mansión» y que,
de hecho, es la familia mejor situada en un
lugar que no sabe de círculos elevados.
También *madame* Beaumanoir es viuda y es
hija de notario. En sus primeros años de vida,
Annette no tiene ocasión de conocer
a la abuela número dos. Los puentes entre
madre e hijo se desmoronaron el día
en que ella le prohibió tomar a la muchacha
de la casita de pescadores —una de las hijas de
la abuela número uno— por esposa,
por lo que *madame* Beaumanoir debió
de sufrir mucho, pero ¿qué hacer si no?
Todo en ella se rebeló contra
aquel enlace desigual, del que poco
tiempo después, para su disgusto,
nació una Annette. Ella cree que su hijo
debe estar a la altura y mucha razón tiene;
de hecho, a la altura está, puesto que renuncia

a la valiosa compañía y herencia maternas en favor de su amada. En ese momento son apenas unos críos, los dos menores según dicta la ley y no aptos para casarse sin consentimiento paterno, así que Annette, como sucede en los cuentos bretones, nace en la casita de la abuela número uno y fuera del matrimonio, mas no fuera del amor, si bien, de momento, en ningún registro queda constancia.

Sus padres son felices, cabría afirmar, pero ¿puede ser eso cierto y posible así dicho, en general? ¿No dicen que la felicidad es, si acaso, momentánea? Pero ellos son felices siempre, y quien tenga prueba en contrario puede tomar la palabra, ha llegado la ocasión. La felicidad es la tónica de sus vidas. Imbuida desde el inicio de esa música cálida, imperceptible, provista con los ojos claros y el mismo corazón impávido que sus padres, hace Annette su aparición.

Sus padres no solo son lo que se dice felices, sino que además son lo contrario el uno del otro. Jean es alto y Petite Marthe menuda, él tranquilo y mesurado, ella inquieta y locuaz, pero sensata a un tiempo, y muy buena narradora, de las que dejan boquiabierto. Él la llama «mi sufragista», refiriéndose así no tanto a su feminismo, sino a que tiende a enfurecerse en

exceso ante la injusticia y a estallar en ira; en su propio idioma se diría que es una *soupe au lait* o sopa de leche, en definitiva, una de esas sopas que hierven rápido y rebosan. Lo ha aprendido todo sola, y ese «todo» tal vez no sea todo, pero sí mucho: disfruta leyendo y jugando al pimpón; conducir es lo único que no logra, por impetuosa.

No es de extrañar, pensará cualquiera, que en circunstancias tan favorables la hija se convirtiese en lo que se convirtió, en eso que un texto de solapa —dado que el cúmulo de décadas hazañas esfuerzos desbordaría cualquier cubierta— apenas logra resumir. De ser eso cierto, que solo las circunstancias determinan el futuro, quedaríamos libres de toda responsabilidad, de toda culpa y remordimiento. Pero no es tan sencillo. Lo principal aún está por llegar; queda por hacer.